

Jacobo, era el mas famoso de Pésaro. La buena Marta, por complacer á Mário, le acompañada diariamente; pero demasiado avanzada en edad, y poco filarmónica, se dormia profundamente miéntras su nieto se extasiaba oyendo los sonidos del órgano.

X.

¡Pobre madre!

Era la hora del crepúsculo vespertino. El reflejo de los últimos rayos del sol producía esa claridad misteriosa tan agradable de contemplar para las gentes soñadoras. Los trabajadores de las fábricas abandonaban sus fatigosas tareas y se dirigian alegres y cantando á sus pobres habitaciones; los pájaros volaban en busca de sus nidos, donde los aguardaban pipiando sus hijuelos; las esposas de los obreros preparaban la cena para sus maridos, y los chicos saltaban de alegría disponiéndose á abrazar á sus padres y contarles esas mil necedades que brotan de los lábios infantiles, tan encantadoras para los que tienen hijos y aman, por consiguiente, á los niños, y que hacen encojer de hombros á los solterones y á los indiferentes.

Marietta habia abandonado hacia un momento su labor, y puesta á la ventana dirijia miradas inquietas é investigadoras hácia el camino por donde debian volver la tia Marta y el niño Mário, que como de costumbre, habian ido á la iglesia.

Marietta sentía una opresión extraña en el pecho, y aunque todavía no hubiera oscurecido por completo, ni pasado la hora en que el chico y la anciana regresaban regularmente, su inquietud aumentaba por momentos.

—¡Cuánto tardan!—exclamaba á cada rayo de luz que se perdía en las sombras; pronto será de noche y mi pobre madre está tan delicada.....

—¡Pero no soy una loca!—continuaba despues de un momento—otras veces vuelven mas tarde y no siento esta inquietud extraña y este deseo tan grande de ver á mi hijo y de abrazarle. ¡Le amo tanto! Quisiera no apartarme de él un momento. Oh! si Dios me le arrebatara no podría vivir sin él. No quiero ni pensar en semejante cosa; siento que el corazón se me parte de dolor solo al imaginarlo. Pero por qué habia de hacer conmigo esa injusticia? ¿No he sido ya bastante desgraciada?... ¡Cuánto tarda, Dios mio!

Y cediendo á un movimiento muy natural en los que aguardan, dejó la ventana y se dirigió á la puerta, como si de ello dependiera que regresaran mas pronto los que esperaba; pero apenas llevaba un rato de estar allí, pareció tomar una determinación violenta, y volviendo á su cuarto, se echó un manto sobre los hombros, y salió en dirección del camino que debían traer su abuela y su hijo.

Una voz secreta le anunciaba una desgracia, y la pobre mujer caminaba apresuradamente para encontrar mas pronto á los que buscaba. Ya habia entrado en las calles de Pésaro y estaba muy cerca de la iglesia de la Misericordia, y el niño y la anciana no parecían. Por fin, cuando estaba á pocos pasos del templo, oyó la voz de Marta, y vió á la anciana que del brazo de Ludovico se acercaba.

—Madre, ¿dónde está mi hijo?—le preguntó con acento inexplicable.

La anciana, que no esperaba encontrar tan cerca de la iglesia

á su nieta, se estremeció, y sorprendida de su pregunta no halló al pronto qué contestar.

Ludovico saludó cortesmente á Marietta y le dijo:

—Mário debe estar ya en su casa, señora Marietta; la señora Marta se durmió profundamente y el pobre niño no habrá podido despertarla.

—Pero si de allá vengo y no le he encontrado en el camino,—contestó Marietta cada vez mas inquieta.

—Habrá tomado el camino mas largo para divertirse mirando las baratijas que hay en el mercado.

—¡Pero si es demasiado tarde!

—No tenga usted cuidado, señora Marietta, el chico sabe bien el camino de su casa, y si se perdiera, lo que no es posible, todo Pésaro le conoce y al cabo de un rato le tendría usted allí.

Las razones de Ludovico, por buenas que fuesen, no satisfacían á Marietta, cuyo instinto de madre le decía que algo habia sucedido á su hijo. Sin embargo, como cuando se teme ó se presiente una gran desgracia, el corazón se resiste largo tiempo á creer en ella, Marietta volvió con Ludovico y la buena Marta á la casa del molino esperando encontrar allí á Mário.

La luna alumbraba el camino que seguía aquel grupo compuesto de tres personas tan diferentes entre sí. La pobre Marta, á quien la edad habia vuelto casi imbécil, lloraba sin saber por qué y decía que iba á castigar al bribonzuelo de su biznieto por el susto que le habia hecho pasar, no dándole la gorra que estaba tejiendo para él. Marietta, á una considerable distancia del sacristan y de la anciana, apretaba cada vez mas el paso para llegar cuanto ántes á su casa y saber si el niño habia regresado ya. En cuanto á Ludovico, trataba de consolar á la vieja Marta y de obtener el perdón de Mário para que no fuese privado de la gorra que le tejía la anciana.

Así llegaron á la habitacion de aquellas pobres mujeres. Cár-

los se hallaba en la puerta y tenia en la mano un pliego cerrado que entregó á Marietta. Esta le tomó con distraccion, despues de haber preguntado con profunda ansiedad al muchacho:

—¿Ha vuelto el niño?

—No, señorita, contestó Cárlos.

—¿Lo ve usted, madre?—dijo Marietta volviéndose á la anciana, y corrió como loca en direccion de Pésaro.

Allí buscó inútilmente á su hijo en los parajes mas concurridos, y á todas las personas que encontraba al paso las detenia preguntándoles si le habian visto. Algunas de estas gentes, que la conocian, le contestaban con interes y le ofrecian darle noticias del niño si le encontraban; otras, que jamas la habian visto, se encogian de hombros y la juzgaban loca. Del mercado y de las calles principales fué al puerto, siempre indagando, siempre deteniendo á todos y preguntando por el niño. Los cargadores del muelle se disponian á volver á sus habitaciones; los botes estaban atracados á la orilla del Foglia; las tranquilas aguas del rio reproducian los rayos de la luna que las hacian aparecer de plata; todo estaba en silencio; no habia un indicio siquiera de que el niño hubiera pasado por allí. Los cargadores á quienes se dirigió Marietta no le habian visto.

La angustia de la pobre madre era horrible. De pronto se quedó con la vista fija en un esquife que abandonaba el puerto; un hombre estaba sobre cubierta y su negra figura se destacaba como una sombra en el fondo azul del horizonte. Los ojos de Marietta, como atraidos por una fascinacion extraña, permanecieron fijos en aquella sombra. A poco, un estremecimiento extraordinario recorrió todo su cuerpo, lanzó un grito desgarrador y cayó cuan larga era en la húmeda arena de la playa.

XI.

Paco el zurdo.

Algunas semanas despues de los sucesos que acabamos de referir, y en una noche tempestuosa y horrible, un hombre envuelto en una ancha capa, y la cabeza cubierta con un sombrero de grandes faldas, iba por las calles de Cádiz recibiendo en el cuerpo el soberbio chaparron que se desprendia de las preñadas nubes, y hundiendo á cada momento los pies en los charcos que encontraba á su paso.

Si algun curioso hubiera tenido valor para seguirle de cerca, á pesar de lo espantoso de la noche y de la oscuridad de las calles, habria oido sin duda los tremendos tacos que se escapaban de sus labios cada vez que sentia la fria impresion del agua en los pies. Aquel hombre juraba y renegaba como un carretero, ó como un pollo de nuestros dias que quiere darse aires de hombre y de valiente.

Iba en direccion del Trocadero, y á juzgar por su desesperacion y por lo empapado de su ropa, venia de muy léjos. Al